

su concubina y no su esposa. Pero Ana, industriada desde su niñez en las intrigas de la corte, sabedora del temperamento de Enrique VIII, ambiciosa de ceñir una corona, poco enamorada de quien tanto distaba de ella, oponía soberbia resistencia y entera virtud á todos los amorosos halagos del monarca. Propúsose, desde que conoció su pasión, llevarlo á un matrimonio legítimo, que le diese la satisfacción de una corona real. Todo cuanto no fuese este objeto primordial de sus ambiciones, lo rechazaba con verdadera indignación y lo deshacía con arte verdadero. Presentes, ofertas, amenazas, ternezas, humillaciones, todo cuanto el amor y la fortuna pueden, estrellóse al contado en su inflexible resolución. Tanta entereza servía para exacerbar más y más las pasiones del monarca y empeñarle en los trabajos por el divorcio. Seis años de festejar inútilmente á su dama, como cualquiera de esos humildes y honrados plebeyos, que no tienen medio de realizar un casamiento apetecido con vehemencia, pero frustrado en los obstáculos de la realidad, seis años seguidos no bastaron á desalentar ni un punto la pertinacia del enamorado monarca. Para mayor y más atroz tormento suyo, Ana vivía cerca de él, puesto que se contaba entre el cortejo y el servicio de honor, que tenía á sus órdenes la Reina de Inglaterra. Ciertos historiadores refieren que la joven conocía por misterios de su propia familia la inconstante complexión y el carácter verdaderamente tornadizo de Enrique VIII en materia de placeres y amor. Una hermana de Ana, mujer también hermosa é inteligente, había rendido y cautivado la voluntad del monarca, pero entregada con facilidad, sólo recogió livianos y pasajeros favores. Tal experiencia sirvió á la segunda hija de Boleyn para granjearse la voluntad del monarca, sin rendirse á sus tenaces seducciones. Sin embargo, toda la corte conocía que, dada la vehemencia de Enrique y la resolución de Ana, iba el drama aquel á concluir por un casamiento. La misma Reina, tan reservada, que en los primeros años de sus celos ni siquiera osaba referírseles al propio confesor, díjole una vez que jugaba á la joven favorita «mucho el rey os favorece,» aludiendo á la frecuencia con que solía tener en manos esta carta. De suerte que la pasión del Rey, el escándalo de la corte, las sábias coqueterías de Ana, las tristezas de Catalina, en tales términos divulgaran las escenas de la doméstica tragedia, que precisaba llegar pronto á cualquier desenlace.



*Clemente VII*

Dado Enrique VIII á los estudios teológicos, experto en ciencias canónicas, ortodoxo en su doctrina, en sus afectos piadoso, de una gran convicción católica; no obstante su repulsion á Catalina y su amor á Ana Bolena, deseaba obtener un divorcio legal, pontificio, eclesiástico, emanado de la suprema autoridad de Clemente VII é indiscutible en el criterio de la opinion y de la Iglesia. A este fin, despues de varias embajadas infructuosas á Roma, envió una comision diplomática, por gentes de cuenta formada, en pos del Papa, quien, fugitivo de Roma, escapado á la fortaleza de Adriano, errante por sus dominios, acababa de refugiarse allá en esa ciudad, que parece, por su elevada situacion, como nido de águilas, y cuyo nombre, Orvietto, recuerda al par de grandes ruinas romanas, la catedral, en cuyas capillas se encuentran las apocalípticas pinturas de Signorelli, albor de las sublimes pinturas del divino Miguel Angel. En aquella escarpada roca reponíase el bastardo de los Médicis herido por las garras de Cárlos V; reponíase de los dolores acerbos de su alma y de las enfermedades y achaques de su cuerpo. ¡Quién habia de decirle que, al tener un poco de respiro en las eminencias donde tan puro es el aire, y al cobrar alguna mayor libertad en cárcel mucho mas amplia que su estrecha cárcel de Roma, el hado habia de suscitarle imprevistamente un negocio, á cuya terminacion concluiría por completo su autoridad sobre Inglaterra y por completo se establecería la Reforma luterana y triunfaría la Revolucion religiosa en la célebre isla de los Santos!

Estado terrible el estado de Clemente VII, cuyas angustias se acrecentaban al embate proceloso de sus vacilaciones. De un lado los emisarios del rey Enrique iban á importunarle para la cuestion del divorcio divulgada ya en todo el mundo; y de otro lado, los consejeros y partidarios de Cárlos V defendian la indisolubilidad del matrimonio régio, por ser la reina Catalina, en su posicion y en su honor amenazada, tia carnal del emperador Cárlos V. Los dos agentes de Inglaterra se llamaban Egnit y Casale y ambos llevaban las mas concretas instrucciones, demostrativas de que la salvacion del Papa consistia en las complacencias con el Rey. Triste estado el de la Iglesia. Saqueada Roma; atribulado el Pontífice; sustituida la autoridad pontificia por la autoridad cesárea; eclipsada la corona que llevó Gregorio VII por la corona que llevó Enrique IV; pero no menos triste, no menos angustioso estado el del

Rey de Inglaterra, abatido el vigoroso ánimo, desgarrada la perspicua conciencia por tenaces remordimientos, sin heredero el trono, con el incesto hallado en el fondo de su matrimonio, perdido de amor hácia una jóven con quien deseaba unirse lógicamente, amenazado de que aquella aristocracia indócil y poderosa le quisiese reemplazar con cualquier otro príncipe, quien, asegurando en descendencia legítima y en estirpe gloriosa el vínculo de la autoridad régia, también asegurase el áncora de sus libertades y de sus privilegios. Así, pues, los delegados régios no necesitaron muchos esfuerzos para demostrar de un modo práctico y tangible al Pontífice cuánto le iba en unir la suerte y el esplendor de su corona con la suerte y el esplendor de la corona de Inglaterra. La complexión de Clemente VII le arrastraba con fatalidad incontrastable á tener el fiel de la balanza entre los dos extremos de la política cristiana y á no decidirse por tanto en aquel pleito entre el Rey de España y el Rey de Inglaterra en favor de ninguno entre los dos pleiteantes. Anheloso, pues, por evitarse la molestia de contender y la necesidad de decidir, aplazó la iniciación del asunto á otro día, so pretexto de que necesitaba enterarse de él á fondo y consultar á canonistas tan ilustres como el cardenal Cuatri-Santi.

Así que los dos comisionados oyeron de labios del Papa el nombre de este cardenal célebre, se personaron con prontitud en su alojamiento para persuadirle á proteger la causa por ellos representada y defendida. Empezando el príncipe de la Iglesia por mostrarles su agradecimiento á ellos y su amistad á Enrique VIII, concluyó por pedirles amplia exposición de sus demandas. Usaron los dos embajadores con el cardenal de una franqueza, que inútilmente hubieran querido usar con el Papa. Pidióronle, pues, una comisión pontificia, encargada de dar una sentencia disolutiva del matrimonio, y por consiguiente verdadera autorización en el fondo á los cónyuges separados para contraer nuevas nupcias. El cardenal comprendió la triste situación del Papa, imposibilitado por las exigencias políticas de inclinarse ni á Enrique VIII ni á Carlos V, y aconsejó que se diera largas al asunto, y que se engañara, deslumbrándolos, á los dos embajadores. Comisiones pontificias, dispensas para nuevo enlace, disolución del antiguo matrimonio, todas las exigencias régias quedaban ahogadas en mares de palabras, tan notables por su crecido número como por su menguada significación.

En verdad no le era dado á Clemente VII decidirse por ninguno de los pleiteantes con franqueza. De un momento á otro podían caer sobre su persona los ejércitos de Carlos V y agraviarle como rey; de un momento á otro podían separarse del catolicismo los pueblos de Inglaterra y disminuirlo como Papa. Así Clemente VII aconsejaba con sinceridad á Enrique VIII el resolver por sí mismo tan espinoso asunto, dejando encargada la disolución del matrimonio á la autoridad de Wolsey, titulado ya entonces cardenal de York. Pero como los embajadores le pidieran un legado, excusábase con que no tenía ninguno á quien confiar tan elevado ministerio, porque Damonte estaba parálítico, Araceli gotoso, Decesis en Nápoles, Piccolomini á devoción del Emperador, Campeggio en Roma; y no había de quién echar mano.

Inmenso desengaño para el Rey de Inglaterra y para el cardenal de York; el asunto estaba mucho peor que antes de entregarlo al Papa. Así es que Wolsey buscó entre sus amigos uno, que fuese al mismo tiempo su hechura y su imagen, hábil como él, como él tenaz, con muchas ideas y con pocos escrúpulos; y encontró á Gardiner que asistido de Foci, gran partidario del divorcio, marchó á Orvietto resuelto á jugar el todo por el todo y á traer consigo la anhelada sentencia del Papa. Wolsey encargaba, sin presentir las consecuencias de su encargo, una gran energía con el Papa, de suyo vacilante; y á quien precisaba sugerir con amenazas hábiles, aprensiones saludables.

Los dos embajadores sufrieron tantas contrariedades en el camino que llegaron casi desnudos á Orvietto. En los alrededores de la ciudad pontificia extendíanse la desolación y la miseria. La guerra acababa de talar los campos y de incendiar los pueblos. La ciudad se asemejaba á una enorme ruina. No había puentes sobre sus abismos, y sus calles presentaban sendas hileras de amontonados escombros. Mojados al paso de los ríos, ayunos á causa de la despoblación y de la pobreza, imposibilitados durante muchos días de comer á manteles y durante muchas noches de dormir entre sábanas, ¡ah! no llevaban consigo trajes de repuesto y aparecían mas como dos pordioseros de encrucijada que como dos enviados de rico y poderoso monarca. Por fin se presentaron al Papa. Nada mas triste que la vivienda del jefe espiritual de los católicos. Las puertas en el suelo, removida la tierra como por terremotos, desparramados montones de escombros, llenos los techos de goteras por las